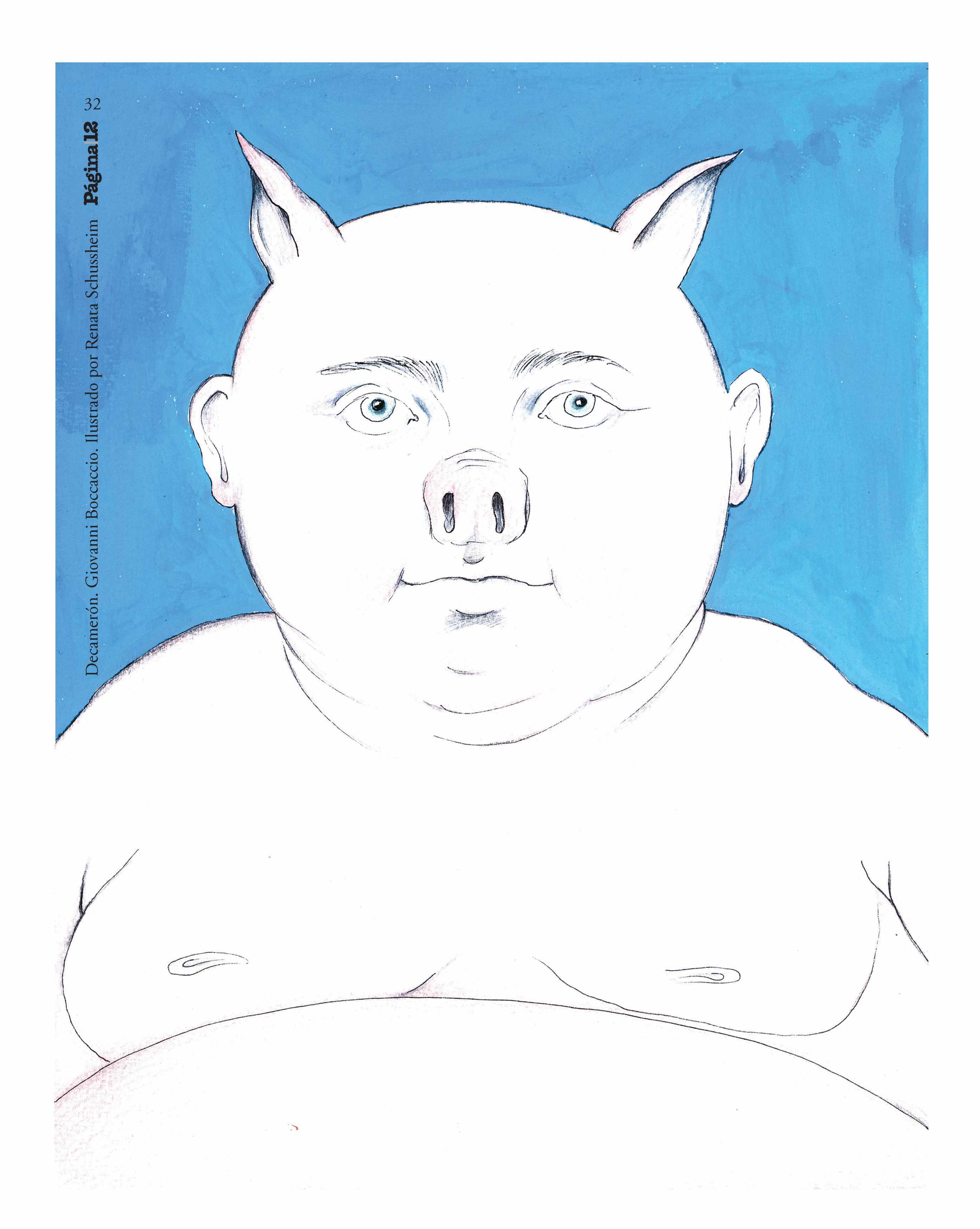


NOVELA QUINTA

Enamorado burlado

Calandrino se enamora de una joven y Bruno le hace un breve, con el cual, al tocarla, se va con él; y siendo encontrado por su mujer, tienen una gravísima y enojosa disputa.

Terminada la no larga historia de Neifile, sin que demasiado se riese de ella o hablase la compañía, la reina, vuelta hacia Fiameta, que ella siguiese le ordenó; la cual, muy alegre, repuso que de buen grado, y comenzó:

–Nobilísimas señoras, como creo que sabéis, nada hay de lo que se hable tanto que no guste más cada vez si el momento y el lugar que tal cosa pide sabe ser elegido debidamente por quien quiere hablar de ello. Y por ello, si miro a aquello por lo que estamos aquí (que para divertirnos y entretenernos y no para otra cosa estamos) estimo que todo lo que pueda proporcionar diversión y entretenimiento tiene aquí su momento y lugar oportuno; y aunque mil veces se hablase de ello, no debe sino deleitar otro tanto al hablar de ello. Por la cual cosa, aunque muchas veces se haya hablado entre nosotros de las aventuras de Calandrino, mirando (como hace poco dijo Filostrato) que todas son divertidas, osaré contar sobre ellas una historia además de las contadas: la cual, si de la verdad de los hechos hubiese querido o quisiese apartarme, bien habría sabido bajo otros nombres componerla y contarla; pero como el apartarse de la verdad de las cosas sucedidas al novelar es disminuir mucho deleite en los oyentes, en la forma verdadera, ayudada por lo ya hablado, os la contaré.

Niccolo Cornacchini fue un conciudadano nuestro y un hombre rico; y entre sus otras posesiones tuvo una hermosa en Camerata, en la que hizo construir una honorable y rica casona, y con Bruno y con Buffalmacco concertó que se la pintaran toda; los cuales, como el trabajo era mucho, llevaron consigo a Nello y Calandrino y comenzaron a trabajar. Donde, aunque alguna alcoba amueblada con una cama y otras cosas oportunas hubiese y una criada vieja viviese también como guardiana del lugar, porque otra familia no había, acostumbraba un hijo del dicho Niccolo, que tenía por nombre Filippo, como joven y sin mujer, a llevar alguna vez a alguna mujer que le gustase y tenerla allí un día o dos y luego despedirla.

Ahora bien, entre las demás veces sucedió que llevó a una que tenía por nombre Niccolosa, a quien un rufián, que era llamado el Tragón, teniéndola a su disposición en una casa de Camaldoli, la daba en alquiler. Tenía ésta hermosa figura y estaba bien vestida y, en relación con sus semejantes, era de buenas maneras y hablaba bien; y habiendo un día a mediodía salido de la alcoba con unas enaguas de fustán blanco y con los cabellos revueltos, y estando lavándose las manos y la cara en un pozo que había en el patio de la casona, sucedió que Calandrino vino allí a por agua y familiarmente la saludó. Ella, respondiéndole, comenzó a mirarle, más porque Calandrino le parecía un hombre raro que por otra coquetería. Calandrino comenzó a mirarla a ella, y pareciéndole hermosa, comenzó a encontrar excusas y no volvía a sus compañeros con el agua: pero no conociéndola no se atrevía a decirle nada. Ella, que se había apercibido de que la miraba, para tomarle el pelo alguna vez lo miraba, arrojando algún suspirillo; por la cual cosa Calandrino súbitamente se encalabrinó con ella, y no se había ido del patio cuando ella fue llamada a la alcoba de Filippo.

Calandrino, volviendo a trabajar, no hacía sino resoplar, por lo que Bruno, dándose cuenta, porque mucho le observaba las manos, como quien gran diversión sentía en sus actos, dijo:

–¿Qué diablo tienes, compadre Calandrino? No haces más que resoplar.

A lo que Calandrino dijo:

–Compadre, si tuviera quien me ayudase, estaría bien.

–¿Cómo? –dijo Bruno.

A quien Calandrino dijo:
–No hay que decírselo a nadie: hay una joven aquí abajo que es más hermosa que una hechicera, la cual se ha enamorado tanto de mí que te parecería cosa extraordinaria: me he dado cuenta ahora mismo, cuando he ido a por agua.
–¡Ay! –dijo Bruno–, cuidado que no sea la mujer de Filippo.
Dijo Calandrino:
–Creo que sí, porque él la llamó y ella se fue a su alcoba; ¿pero qué significa esto? A Cristo se la pegaría yo por tales cosas, no a Filippo. Te voy a decir la verdad, compadre: me gusta tanto que no podría decirlo.
Dijo entonces Bruno:
–Compadre, te voy a explicar quién es; y si es la mujer de Filippo, arreglaré tu asunto en dos palabras porque la conozco mucho. ¿Pero cómo haremos para que no lo sepa Buffalmacco? No puedo hablarle nunca si no está él conmigo.
Dijo Calandrino:
–Buffalmacco no me preocupa, pero ten cuidado con Nello, que es pariente de Tessa y echaría todo a perder.
Dijo Bruno:
–Dices bien.
Pues Bruno sabía quién era ella, como quien la había visto llegar, y también Filippo se lo había dicho; por lo que, habiéndose ido Calandrino un poco del trabajo e ido a verla, Bruno contó todo a Nello y a Buffalmacco, y juntos ocultamente arreglaron lo que iban a hacer con este enamoramiento suyo. Y al volver, le dijo Bruno en voz baja:
–¿La has visto?
Repuso Calandrino:
–¡Ay, sí, me ha matado!
Dijo Bruno:
–Quiero ir a ver si es la que yo creo; y si es, déjame hacer a mí.
Bajando, pues, Bruno y encontrando a Filippo y a ella, ordenadamente les contó quién era Calandrino y lo que les había dicho, y con ellos arregló lo que cada uno tenía que decir y hacer para divertirse y entretenerse con el enamoramiento de Calandrino; y volviéndose a Calandrino dijo:
–Sí es ella: y por ello esto hay que hacerlo muy sabiamente, porque si Filippo se diese cuenta, toda el agua del Arno no te lavaría. Pero, ¿qué quieres que le diga de tu parte si sucede que pueda hablarle?
Repuso Calandrino:
–¡Rediez! Le dirás antes que antes que la quiero mil fanegas de ese buen bien de impregnar, y luego que soy su servicial y que si quiere algo, ¿me has entendido bien?
Dijo Bruno:
–Sí, déjame a mí.
Llegada la hora de la cena y éstos, habiendo dejado el trabajo y bajado al patio, estando allí Filippo y Niccolosa, un rato en servicio de Calandrino se quedaron allí, y Calandrino comenzó a mirar a Niccolosa y a hacer los más extraños gestos del mundo, tales y tantos que se habría dado cuenta un ciego. Ella, por otra parte, hacía todo cuanto podía con lo que creía inflamarlo bien y según los consejos recibidos de Bruno, divirtiéndose lo más del mundo con los modos de Calandrino. Filippo, con Buffalmacco y con los otros hacía semblante de conversar y de no apercibirse de este asunto. Pero después de un rato, sin embargo, con grandísimo fastidio de Calandrino se fueron; y viniendo hacia Florencia dijo Bruno a Calandrino:
–Bien te digo que la haces derretirse como hielo al sol: por el cuerpo de Cristo, si te traes el rabel y le cantas un poco esas canciones tuyas de amores, la harás tirarse de la ventana para venir contigo.
Dijo Calandrino:
–¿Te parece, compadre?, ¿te parece que lo traiga?
–Sí –repuso Bruno.
A quien repuso Calandrino:
–No me lo creías hoy cuando te lo decía: por cierto, compadre, me doy cuenta de que sé mejor que otros hacer lo que quiero. ¿Quién hubiera sabido, si no yo, enamorar tan pronto a una mujer tal que ésta? A buena hora iban a saberlo hacer estos jóvenes de trompa marina que todo el día lo pasan yendo de arriba abajo y en mil años no sabrían reunir un puñado de cuescos. Ahora querría que me vieses un poco con el rabel: ¡verás qué buena pasada! Y entiende bien que no soy tan viejo como te parezco: ella sí se ha dado cuenta, ella; pero de otra manera se lo haré notar si le pongo las garras encima, por el verdadero cuerpo de Cristo, que le haré tal pasada que se me vendrá detrás como la tonta tras el hijo.
–¡Oh! –dijo Bruno–, te la hocicarás: y me parece verte morderla con esos dientes tuyos como clavijas esa boca suya rojezuela y esas mejillas que parecen dos rosas, y luego comértela toda entera.
Calandrino, al oír estas palabras, le parecía estar poniéndolas en obra, y andaba cantando y saltando tan alegre que no cabía en su pellejo. Pero al día siguiente, trayendo el rabel, con gran deleite de toda la compañía cantó con él muchas canciones; y en resumen en tal desgana de hacer nada entró con tanto



mirar a aquélla, que no trabajaba nada sino que mil veces al día, ora a la ventana, ora a la puerta y ora al patio corría para verla, y ella, según los consejos que Bruno le había dado, muy bien le daba ocasiones. Bruno, por otra parte, se ocupaba de sus embajadas y de parte de ella a veces se las hacía: cuando ella no estaba allí, que era la mayor parte del tiempo, le hacía llegar cartas de ella en las cuales les daba grandes esperanzas a sus deseos, mostrando que estaba en casa de sus parientes, donde él entonces no podía verla. Y de esta guisa, Bruno y Buffalmacco, que andaban en el asunto, sacaban de los hechos de Calandrino la mayor diversión del mundo, haciéndose dar a veces, como pedido por su señora, cuándo un peine de marfil y cuándo una bolsa y cuándo una navajilla y tales chucherías, dándole a cambio algunas sortijitas falsas sin valor con las que Calandrino hacía fiestas maravillosas; y además de esto le sacaban buenas meriendas y otras invitaciones, por estar ocupados de sus asuntos. Ahora, habiéndole entretenido unos dos meses de esta forma sin haber hecho más, viendo Calandrino que el trabajo se venía acabando y pensando que, si no llevaba a efecto su amor antes de que estuviese terminado el trabajo, nunca más iba a poder conseguirlo, comenzó a importunar mucho y a solicitar a Bruno; por la cual cosa, habiendo venido la joven, habiendo Bruno primero con Filippo y con ella arreglado lo que había que hacer, dijo a Calandrino:
–Mira, compadre, esta mujer me ha prometido más de mil veces hacer lo que tú quieras y luego no hace nada, y me parece que te está tomando el pelo; y por ello, como no hace lo que promete, vamos a hacérselo hacer, lo quiera o no, si tú quieres.
Repuso Calandrino:
–¡Ah!, sí, por amor de Dios, hagámoslo pronto.
Dijo Bruno:
–¿Tendrás valor para tocarla con un breve que te dé yo?
Dijo Calandrino:
–Claro que sí.
–Pues –dijo Bruno– búscame un trozo de pergamino nonato y un murciélago vivo y tres granitos de incienso y una vela bendita, y déjame hacer.
Calandrino pasó toda la noche siguiente cazando a un murciélago con sus trampas y al final lo atrapó y con las otras cosas y se lo llevó a Bruno; el cual, retirándose a una alcoba, escribió sobre aquel pergamino ciertas sandeces con algunas cataratas y se lo llevó y dijo:
–Calandrino, entérate de que si la tocas con este escrito, vendrá incontinenti detrás de ti y hará lo que quieras. Pero, si Filippo va hoy a algún lugar, acércate de cualquier manera y tócala y vete al pajar que está aquí al lado, que es el mejor lugar que haya, porque no va nunca nadie, verás que ella viene allí, cuando esté allí bien sabes lo que tienes que hacer.
Calandrino se sintió el hombre más feliz del mundo y tomando el escrito dijo:
–Compadre, déjame a mí.
Nello, de quien Calandrino se ocultaba, se divertía con este asunto tanto como los otros y junto con ellos intervenía en la burla; y por ello, tal como Bruno le había ordenado, se fue a Florencia a la mujer de Calandrino y le dijo:
–Tessa, sabes cuántos golpes te dio Calandrino sin razón el día que volvió con las piedras del Muñone, y por ello quiero que te vengues: y si no lo haces, no me tengas más por pariente ni por amigo. Se ha enamorado de una mujer de allá arriba, y es tan zorra que anda encerrándose con él muchas veces, y hace poco se dieron cita para estar juntos enseguida; y por eso quiero que te vengues y lo vigiles y lo castigues bien.
Al oír la mujer esto, no le pareció ninguna broma, sino que poniéndose en pie comenzó a decir:
–Ay, ladrón público, ¿eso me haces? Por la cruz de Cristo, no se quedará así que no me las pagues.
Y cogiendo su toquilla y una muchachita de compa-

ñera, enseguida, más corriendo que andando, con Nello se fue hacia allá arriba; a la cual, al verla venir Bruno de lejos, dijo a Filippo:
–Aquí está nuestro amigo.
Por la cual cosa, Filippo, yendo donde Calandrino y los otros trabajando, dijo:
–Maestros, tengo que ir a Florencia ahora mismo: trabajad con ganas.
Y yéndose, se fue a esconder en una parte donde podía, sin ser visto, ver lo que hacía Calandrino.
Calandrino, cuando creyó que Filippo estaba algo lejos, bajó al patio donde encontró sola a Niccolosa; y entrando con ella en conversación, y ella, que sabía bien lo que tenía que hacer, acercándosele, un poco de mayor familiaridad que la que mostrado le había le mostró, con lo que Calandrino la tocó con el escrito. Y cuando la hubo tocado, sin decir nada, volvió los pasos al pajar, a donde Niccolosa le siguió; y, entrando dentro, cerrada la puerta abrazó a Calandrino y sobre la paja que estaba en el suelo lo arrojó, y saltándole encima, a horcajadas y poniéndole las manos sobre los hombros, sin dejarle que le acercase la cara, como con gran deseo lo miraba diciendo:
–Oh, dulce Calandrino mío, alma mía, bien mío, descanso mío, ¡cuánto tiempo he deseado tenerte y poder tenerte a mi voluntad! Con tu amabilidad me has robado el cordón de la camisa, me has encadenado el corazón con tu rabel: ¿puede ser cierto que te tenga?
Calandrino, pudiéndose mover apenas, decía:
–¡Ah!, dulce alma mía, déjame besarte.
Niccolosa decía:
–¡Qué prisa tienes! Déjame primero verte a mi gusto: ¡déjame saciar los ojos con este dulce rostro tuyo!
Bruno y Buffalmacco se habían ido donde Filippo y los tres veían y oían esto; y yendo ya Calandrino a besar a Niccolosa, he aquí que llegan Nello con doña Tessa; el cual, al llegar, dijo:
–Voto a Dios que están juntos –y llegados a la puerta del pajar, la mujer, que estallaba de rabia, empujándole con las manos le hizo irse, y entrando dentro vio a Niccolosa encima de Calandrino; la cual, al ver a la mujer, súbitamente levantándose, huyó y se fue donde estaba Filippo. Doña Tessa corrió con las uñas a la cara de Calandrino que todavía no estaba levantado, y se la arañó toda; y agarrándolo por el pelo y tirándolo de acá para allá comenzó a decir:
–Sucio perro deshonrado, ¿así que esto me haces? Viejo tonto, que maldito sea el día en que te he querido: ¿así que no te parece que tienes bastante que hacer en tu casa que te vas enamorando por las ajenas? ¡Vaya un buen enamorado! ¿No te conoces, desdichado?, ¿no te conoces, malnacido?, que escurriéndote todo no saldría jugo para una salsa. Por Dios que no era Tessa quien te preñaba, ¡que Dios la confunda a ésa sea quien sea, que debe ser triste cosa tener gusto por una joya tan buena como eres tú!
Calandrino, al ver venir a su mujer, se quedó que ni muerto ni vivo y no se atrevió a defenderse contra ella de ninguna manera: sino que así arañado y todo pelado y desgreñado, recogiendo la capa y levantándose, comenzó humildemente a pedir a su mujer que no gritase si no quería que le cortasen en pedazos porque aquella que estaba con él era mujer del de la casa. La mujer dijo:
–¡Pues que Dios le dé mala ventura!
Bruno y Buffalmacco, que con Filippo y Niccolosa se habían reído de este asunto a su gusto, como si acudiesen al alboroto, aquí llegaron; y luego de muchas historias, tranquilizada la mujer, dieron a Calandrino el consejo de que se fuese a Florencia y no volviera por allí, para que Filippo, si algo oyera de esto, no le hiciese daño. Así pues, Calandrino, triste y afligido, todo pelado y arañado volviéndose a Florencia, no se atrevió a volver, molestado día y noche por las reprimendas de su mujer, y a su ardiente amor puso fin, habiendo hecho reír mucho a sus amigos y a Niccolosa y a Filippo.

NOVELA SEXTA

La cuna

Dos jóvenes se albergan en la casa de uno con cuya hija uno va a acostarse, y su mujer, sin advertirlo, se acuesta con el otro; el que estaba con la hija se acuesta con su padre y le cuenta todo, creyendo hablar con su compañero; hacen mucho alboroto, la mujer, apercibiéndose, se mete en la cama de la hija y, consiguientemente, con algunas palabras pacifica a todos.

Calandrino, que otras veces había hecho reír a la compañía, lo mismo lo hizo esta vez: y después de que las damas dejaran de hablar de sus cosas, la reina ordenó a Pánfilo que hablase, el cual dijo:

–Loables señoras, el nombre de la Niccolosa amada por Calandrino me ha traído a la memoria una historia de otra Niccolosa, la cual me place contaros porque en ella veréis cómo una súbita inspiración de una buena mujer evitó un gran escándalo.

En la llanura del Muñone hubo, no ha mucho tiempo, un hombre bueno que a los viandantes daba, por dinero, de comer y beber; y aunque era una persona pobre y tenía una casa pequeña, alguna vez, en caso de gran necesidad, no a todas las personas sino a algún conocido albergaba; ahora bien, tenía éste una mujer que era asaz hermosa hembra, de la cual tenía dos hijos: y el uno era una jovencita hermosa y agradable, de edad de quince o de dieciséis años, que todavía no tenía marido; el otro era un niño pequeñito que todavía no tenía un año, al que la misma madre amamantaba. A la joven le había echado los ojos encima un jovenzuelo apuesto y placentero y hombre noble de nuestra ciudad, el cual mucho andaba por el barrio y fogosamente la amaba; y ella, que de ser amada por un joven tal como aquel mucho se gloriaba, mientras en retenerlo en su amor con placenteros gestos se esforzaba, de él igualmente se enamoró; y muchas veces con gusto de cada una de las partes hubiera tenido efecto aquel amor si Pinuccio, que así se llamaba el joven, no hubiera sentido disgusto en causar la deshonra de la joven y de él. Pero de día en día multiplicándose su ardor, le vino el deseo a Pinuccio de reunirse con ella, y le vino al pensamiento encontrar el modo de albergarse en casa de su padre, pensando, como quien la disposición de la casa de la joven sabía, que si aquello hiciera, podría ocurrir que estuviese con ella sin que nadie se apercibiese; y en cuanto le vino al ánimo, sin dilación lo puso en obra. Él, junto con un fiel amigo llamado Adriano, que este amor conocía, cogiendo un día al caer la noche dos rocines de alquiler y poniéndoles encima dos valijas, tal vez llenas de paja, salieron de Florencia, y dando una vuelta, cabalgando, a la llanura del Muñone llegaron siendo ya de noche; y entonces, como si volviesen de Romaña, dándose la vuelta, hacia las casas se vinieron y a la del buen hombre llamaron; el cual, como quien muy bien conocía a los dos, abrió la puerta prontamente. Al que Pinuccio dijo:

–Mira, tienes que darnos albergue esta noche: pensábamos poder entrar en Florencia, y no hemos podido apurarnos tanto que a tal hora como es hayamos llegado.



A quien el posadero repuso:
–Pinuccio, bien sabes qué comodidad tengo para albergar a hombres tales como sois vosotros; pero como esta hora os ha alcanzado aquí y no hay tiempo para que podáis ir a otro sitio, os daré albergue de buena gana como pueda.
Echando pie a tierra, pues, los dos jóvenes, y entrando en el albergue, primeramente acomodaron sus rocines y luego, habiendo ellos llevado la cena consigo, cenaron con el huésped. Ahora no tenía el huésped sino una alcobita muy pequeña en la cual había tres camitas puestas como mejor el huésped había sabido; y no había, con todo ello, quedado más espacio (estando dos a uno de los lados de la alcoba y la tercera contra el otro) que se pudiese hacer allí nada sino moverse muy estrechamente. De estas tres camas, hizo el hombre preparar para los dos compañeros la menos mala, y los hizo acostar; luego, después de algún tanto, no durmiendo ninguno de ellos aunque fingiesen dormir, hizo el huésped acostarse a su hija en una de las dos que quedaban y en la otra se metió él y su mujer, la cual, junto a la cama donde dormía puso la cuna en la que tenía a su hijo pequeñito. Y estando las cosas de esta guisa dispuestas, y habiendo Pinuccio visto todo, después de algún tiempo, pareciéndole que todos estaban dormidos, levantándose sin ruido, se fue a la camita donde la joven amada por él estaba echada, y se le echó al lado; por la cual, aunque medrosamente lo hiciese, fue alegremente acogido, y con ella, tomando el placer que más había deseado, se estuvo. Y estando así Pinuccio con la joven, sucedió que un gato hizo caer ciertas cosas, que la mujer, despertándose, oyó; por lo que levantándose, temiendo que fuese otra cosa, así en la oscuridad como estaba, se fue allí adonde había oído el ruido. Adriano, que en aquello no tenía el ánimo, por acaso por alguna necesidad natural se levantó y yendo a satisfacerla se tropezó con la cuna puesta por la mujer, y no pudiendo sin levantarla pasar delante, agarrándola, la levantó del lugar donde estaba y la puso junto al lado de la cama donde él dormía; y cumplido aquello por lo que se había levantado, volviéndose, sin preocuparse de la cuna, en la cama se metió. La mujer, habiendo buscado y encontrado que aquello que había caído al suelo no era la tal cosa, no se preocupó de encender ninguna luz para verlo mejor sino que, habiendo gritado al gato, a la alcobita se volvió, y a tientas se fue derechamente a la cama donde dormía su marido; pero no encontrando allí la cuna, se dijo:
–¡Ay, desdichada de mí! Mira lo que hacía: a fe que me iba derechamente a la cama de mis huéspedes.
Y yendo un poco más allá y encontrando la cuna, en la cama junto a la cual estaba, junto a Adriano se acostó creyendo acostarse con su marido. Adriano, que todavía no se había dormido, al sentir esto la recibió bien y alegremente; y sin decir palabra tensó la ballesta y la descargó de un solo golpe con gran placer de la mujer. Y estando así, temiendo Pinuccio que el sueño le sorprendiese con su joven, habiendo el placer logrado que deseaba, para volverse a dormir a su cama se levantó de su lado y, yendo a ella, encontrando la cuna, creyó que era aquélla la del huésped; por lo que, avanzando un poco más, se acostó con el huésped, que con la llegada de Pinuccio se despertó. Pinuccio, creyendo estar al lado de Adriano, dijo:
–¡Bien te digo que nunca hubo cosa tan dulce como Niccolosa! Por el cuerpo de Cristo, he tenido con ella el mayor placer que nunca un hombre tuvo con mujer; y te digo que he bajado seis veces a la villa desde que me fui de aquí.
El huésped, oyendo estas noticias y no gustándole

demasiado, se dijo primero: "¿Qué diablos hace éste aquí?".
Después, más airado que prudente, dijo:
–Pinuccio, la tuya ha sido una villanía y no sé por qué tienes que hacerme esto; pero por el cuerpo de Cristo me la vas a pagar.
Pinuccio, que no era el joven más sabio del mundo, al darse cuenta de su error no corrió a enmendarlo como mejor hubiera podido sino que dijo:
–¿Qué te voy a pagar? ¿Qué podrías hacerme?
La mujer del huésped, que con su marido creía estar dijo a Adriano:
–¡Ay, mira a nuestros huéspedes que están riñendo por no sé qué!
Adriano, riendo, repuso:
–Déjalos en paz y que Dios los confunda: bebieron demasiado anoche.
La mujer, pareciéndole haber oído a su marido gritar y oyendo a Adriano, incontinenti conoció dónde había estado y con quién; por lo cual, como discreta, sin decir palabra, súbitamente se levantó, y cogiendo la cuna de su hijito, como ninguna luz se viese en la alcoba, por conjetura la llevó junto a la cama donde dormía su hija y con ella se acostó; y, como despertándose con el barullo del marido, le llamó y le preguntó qué riña se traía con Pinuccio. El marido respondió:
–¿No le oyes lo que dice que ha hecho esta noche con Niccolosa?
La mujer dijo:
–Miente con toda la boca, que con Niccolosa no se ha acostado; que yo me he acostado aquí en el momento en que no he podido dormir ya; y tú eres un animal por creerle. Bebéis tanto por la noche que luego soñáis y vais de acá para allá sin enteraros y os parece que hacéis algo grande; ¡gran lástima es que no os rompáis el cuello! ¿Pero qué hace ahí ese Pinuccio? ¿Por qué no se está en su cama? Por otra parte, Adriano, viendo que la mujer discretamente su deshonra y la de su hija tapaba, dijo:
–Pinuccio, te lo he dicho cien veces que no vayas dando vueltas, que este vicio tuyo de levantarte dormido y contar las fábulas que sueñas te va a traer alguna vez una desgracia; ¡vuélvete aquí, así Dios te dé mala noche!
El huésped, oyendo lo que decía su mujer y lo que decía Adriano, comenzó a creer demasiado bien que Pinuccio estaba soñando; por lo que, agarrándolo por los hombros, comenzó a menearlo y a llamarlo, diciendo:
–Pinuccio, despiértate; vuélvete a tu cama.
Pinuccio, habiendo oído lo que se había dicho, comenzó, a guisa de quien soñase, a entrar en otros desatinos; de lo que el huésped se reía con las mayores ganas del mundo. Al final, sintiendo que lo meneaban, hizo semblante de despertarse, y llamando a Adriano dijo:
–¿Es ya de día, que me llamas?
Adriano dijo:
–Sí, ven aquí.
Él, fingiendo y mostrándose muy somnoliento, por fin se levantó de junto a su huésped y se volvió a la cama con Adriano; y venido el día y levantándose el huésped, comenzó a reírse y a burlarse de él y de sus sueños. Y así, de una broma en otra, preparando los dos jóvenes sus rocines y poniendo sobre ellos sus valijas y habiendo bebido con el huésped, montando de nuevo a caballo se vinieron a Florencia, no menos contentos del modo en que la cosa había sucedido que de los efectos de la cosa. Y luego después, encontrando otros modos, Pinuccio se encontró con Niccolosa, la cual afirmaba a su madre que éste verdaderamente había soñado; por la cual cosa la mujer, acordándose de los abrazos de Adriano, a sí misma se decía que era la única en haber velado.

NOVELA SEPTIMA

El sueño cumplido

Talano de Imola sueña que un lobo desgarra toda la cara y la garganta de su mujer; le dice que tenga cuidado; ella no lo hace y le sucede así.

Habiendo terminado la historia de Pánfilo y sido la invención de la mujer alabada por todos, la reina a Pampínea dijo que contase la suya, la cual, entonces, comenzó:

–Otra vez, amables señoras, sobre la verdad demostrada por los sueños, de los que muchos se burlan, se ha hablado entre nosotros; y sin embargo, aunque ya se haya dicho, no dejaré con una historieta muy breve de contaros lo que a una vecina mía, no hace aún mucho tiempo, sucedió por no creer en uno que sobre ella había tenido su marido.

No sé si vosotras conocisteis a Talano de Imola, hombre muy honrado. Éste, habiendo tomado por mujer a una joven llamada Margarita, más hermosa que todas las demás, pero, sobre toda otra cosa, tan caprichosa, desabrida y suspicaz que no quería hacer nada a gusto de nadie ni los demás podían hacerlo al suyo; lo que, aunque pesadísimo fuese de soportar a Talano, no pudiendo hacer otra cosa, se lo sufría. Ahora bien, sucedió una noche, estando Talano con esta Margarita suya en el campo, en una de sus posesiones, que estando él durmiendo le pareció ver a su mujer ir por un bosque muy hermoso que tenían no muy lejos de su casa; y mientras la veía andar así, le pareció que de una parte del bosque salía un grande y feroz lobo, el cual prestamente se le arrojaba a la garganta y la tiraba a tierra, y ella, pidiendo ayuda, se esforzaba en arrancarse de él; y cuando salió de sus fauces, toda la cara y la garganta le pareció que tenía destrozadas. El cual, levantándose a la mañana siguiente, dijo a su mujer:

–Mujer, aunque tu suspicacia no haya permitido nunca que pase yo un solo día en paz contigo, sentiría mucho que te sucediese algún mal; y por ello, si confías en mi juicio, no saldrás hoy de casa.

Y preguntándole ella el porqué, ordenadamente le contó su sueño. La mujer, moviendo la cabeza, dijo:

–Quien mal te quiere mal te sueña; mucho te compadeces de mí, pero me sueñas como querrías verme; y por cierto que me guardaré, hoy y siempre, de darte gusto con éste o con otro daño mío.

Dijo entonces Talano:

–Ya sabía yo que ibas a contestarme eso, porque así



le pagan a quien cría cuervos, pero aunque creas lo que quieras, yo lo digo por tu bien, y ahora otra vez te advierto que te quedes hoy en casa, o por lo menos, que te guardes de ir a nuestro bosque.

La mujer dijo:

–Está bien.

Y luego empezó a decirse a sí misma:

"¿Has visto con qué malicia se cree éste haberme metido miedo de ir hoy a nuestro bosque, donde seguro que debe haberle dado una cita a cualquier desgraciada, y no quiere que lo encuentre allí? ¡Oh, qué buen embelesador es éste!, y bien tonta sería yo si le creyese. Pero con certeza no lo conseguirá; tengo que ver yo, aunque deba estar allí todo el día, qué clase de comercio es el que quiere éste hacer hoy." Y como hubo dicho esto, saliendo el marido por una puerta de la casa, salió ella por otra, y lo más ocultamente que pudo, sin dilación se fue al bosque y allí, en la parte que más follaje había, se escondió, estando atenta y mirando, ora aquí, ora allí por ver si veía venir a alguien. Y mientras de esta guisa estaba, sin ningún temor del lobo, he aquí que de un matorral tupido sale un lobo grande y terrible y ni pudo ella, cuando lo vio, decir sino: "¡Señor, ayúdame!", cuando el lobo ya se le había arrojado a la garganta y, cogiéndola con fuerza, comenzó a llevársela de allí como si fuese un pequeño corderito. Ella no podía gritar (tan oprimida tenía la garganta), ni de otra manera defenderse; por lo que, llevándosela el lobo, sin falta la habría estrangulado si no se hubiera topado con algunos pastores, los cuales, gritándole, le obligaron a soltarla; y ella, mísera y desdichada, reconocida por los pastores y llevada a su casa, luego de largo esfuerzo fue curada por los médicos, pero no tanto que toda la garganta y una buena parte de la cara no se quedasen estropeadas de tal manera que siendo primero hermosa, se quedó luego siendo siempre feísima y deforme. Por lo que ella, avergonzándose de aparecer donde fuese vista, muchas veces miserablemente lloró su suspicacia y el no haber, en aquello que nada le costaba, prestado fe al veraz sueño de su marido.

NOVELA OCTAVA

El burlador burlado

Biondello hace una burla a Ciacco con un almuerzo, de la que Ciacco sagazmente se venga haciéndolo golpear concienzudamente.

Universalmente todos los de la alegre compañía dijeron que lo que Talano había visto durmiendo no había sido un sueño sino una visión, si es que exactamente, sin faltar nada, había sucedido. Pero, callándose todos, ordenó la reina a Laureta que siguiese; la cual dijo:

–Como éstos, sapientísimas señoras, que hoy antes de mí han hablado, casi todos han sido movidos a hablar por alguna cosa antes dicha, así me mueve a mí la severa venganza (contada ayer por Pampínea) que tomó el escolar, a hablar de una muy dura para quien la sufrió, aunque no fuese tan cruel, y por ello digo que viviendo en Florencia uno llamado por todos Ciacco, hombre glotoncísimo más que ninguno que haya existido, y no pudiendo sus posibilidades sostener los gastos que su glotonería requería, siendo por otra parte muy cortés y todo lleno de buenos y placenteros decires ingeniosos, se dedicó a ser no propiamente bufón sino motejador, y a tratar a quienes eran ricos y se deleitaban comiendo cosas buenas; y con éstos a almorzar y a cenar, aunque no fuese siempre invitado, iba muy frecuentemente. Había semejantemente en aquellos tiempos en Florencia uno que se llamaba Biondello, pequeño de persona, muy cortés y más limpio que una patena, con su gorrete en la cabeza, con su melenita rubia y sin un solo cabello descolocado, el cual el mismo oficio que Ciacco tenía; el cual, habiendo ido una mañana de cuaresma allá donde se vende el pescado y comprado dos gordísimas lampreas para micer Vieri de los Cerchi, fue visto por Ciacco, que, acercándose a Biondello dijo:

–¿Qué significa esto?

A quien Biondello repuso:

–Ayer tarde le mandaron otras tres mucho más hermosas que éstas son y un esturión a micer Corso Donati, y no bastándole para poder dar de comer a algunos gentileshombres, me ha mandado a comprar estas otras dos: ¿no vas a venir tú?

Repuso Ciacco:

–Bien sabes que sí.

Y cuando le pareció oportuno, a casa de micer Corso se fue, y lo encontró con algunos vecinos suyos, que todavía no había ido a almorzar; a quien, siendo preguntado por él que qué andaba haciendo, repuso:

–Señor, vengo a almorzar con vos y vuestra compañía.

A quien micer Corso dijo:

–Eres bien venido, y como ya es hora, vámonos.

Sentándose, pues, a la mesa, primero comieron garbanzos y atún en salmuera, y luego peces del Arno fritos, y nada más. Ciacco, apercibiéndose del engaño de Biondello y no poco enojado, se propuso hacérselo pagar; y no pasaron muchos días sin que se encontrase con él, que ya había hecho reír a muchos con aquella burla. Biondello, al verlo, le saludó, y riéndose le preguntó que qué tal habían estado las lampreas de micer Corso; a lo que respondiendo Ciacco, dijo:

–Antes de que pasen ocho días lo sabrás mucho mejor que yo.

Y sin dar tregua al asunto, separándose de Biondello, ajustó el precio con un truhán y, dándole un botellón de vidrio, lo llevó a la lonja de los Cavicciuli y le mostró en ella a un caballero llamado Filippo Argenti, hombre grande y nervudo y fuerte, irritable, iracundo y colérico más que ningún otro, y le dijo:

–Te acercas a él con este frasco en la mano y le dices así: “Señor, me manda Biondello y me manda para rogaros que os plazca enrojecerle este frasco con vuestro buen vino tinto, que se quiere divertir un rato con sus compinches”. Y estate bien atento para que no te ponga las manos encima, porque lo sentirías y habrías estropeado mis asuntos.

Dijo el truhán:

–¿Tengo que decir algo más?

Dijo Ciacco:

–No, vete; y cuando le hayas dicho eso, vuelve aquí

con el frasco, que yo te pagaré.
Echándose a andar, pues, el truhán, le dio la embajada a micer Filippo. Micer Filippo, al oírle, como quien poco aguante tenía, pensando que Biondello, a quien conocía, se burlaba de él, todo colorado el rostro, diciendo:
–¿Qué "enrojecedme" y qué "compinches" son ésos, que Dios os confunda a ti y a él?
Se puso en pie y extendió el brazo para golpear al truhán; pero el truhán, como quien estaba atento, fue rápido y salió huyendo, y por otro camino volvió a donde Ciacco, que todo había visto, y le dijo lo que micer Filippo había dicho. Ciacco, contento, pagó al truhán, y no descansó hasta encontrar a Biondello; al cual dijo:
–¿Has ido últimamente por la lonja de los Cavicciuli?
Repuso Biondello:
–No, nada; ¿por qué me lo preguntas?
Dijo Ciacco:
–Porque puedo decirte que micer Filippo te está buscando; no sé qué es lo que quiere.
Dijo entonces Biondello:
–Bien, voy hacia allí y hablaré con él.
Al irse Biondello, Ciacco se fue detrás a ver cómo iba el asunto. Micer Filippo, no habiendo podido alcanzar al truhán, se había quedado fieramente airado y se recomía por dentro al no poder dar a las palabras del pícaro otro significado sino que Biondello, a instancias de quien fuese, se burlaba de él; y mientras estaba él reconcomiéndose, he aquí que Biondello llega. Al que, en cuanto vio, saliéndole al encuentro, le dio en la cara un gran puñetazo.
–¡Ay!, señor –dijo Biondello–, ¿qué es esto?
Micer Filippo, tomándolo por los pelos y arrancándole el gorrete de la cabeza y arrojándole el capucho por tierra, y sin dejar de darle grandes golpes, decía:
–Traidor, bien verás lo que es esto; ¿de qué "enrojecedme" y de qué "compinches" mandas que me hablen a mí? ¿Te parezco un muchachito a quien se le gastan bromas?
Y así diciendo, con los puños que tenía como de hierro, le destrozó toda la cara y no le dejó en la cabeza pelo que estuviese bien colocado, y revolcándolo por el fango, le rasgó todas las ropas que llevaba encima; y tanto se aplicaba a ello que ni una vez desde el principio pudo Biondello decir palabra ni preguntarle por qué le hacía esto; bien había oído lo del "enrojecedme" y los "compinches", pero no sabía lo que quería decir. Por fin, habiéndole bien golpeado micer Filippo y habiendo mucha gente alrededor, con el mayor trabajo del mundo se lo arrancaron de las manos, tan desgreñado y desastrado como estaba, y le dijeron por qué micer Filippo había hecho aquello, reprendiéndole por haber mandado a decirle aquello, y diciéndole que a aquellas alturas debía conocer a micer Filippo y que no era hombre para gastarle bromas. Biondello, llorando, se excusaba y decía que nunca había mandado a pedirle vino a micer Filippo; y luego que un poco se hubo compuesto, triste y dolorido se volvió a casa, pensando que aquello había sido obra de Ciacco. Y después de que tras muchos días, desaparecidos los cardenales del rostro, comenzó a salir de casa, sucedió que lo encontró Ciacco, y riéndose le preguntó:
–Biondello, ¿qué tal te pareció el vino de micer Filippo?
Repuso Biondello:
–¡Así debían haberte parecido a ti las lampreas de micer Corso!
Entonces dijo Ciacco:
–Ahora depende de ti: siempre que quieras hacerme comer tan bien como me hiciste, te daré de beber tan bien como te he dado.
Biondello, que sabía que contra Ciacco más podía tener mala voluntad que malas obras, rogó a Dios que le diese su paz, y de allí en adelante se guardó de burlarse de él.

NOVELA NOVENA

Los consejos del Rey Salomón

Dos jóvenes piden consejo a Salomón, el uno de cómo puede ser amado, el otro de cómo debe a la mujer terca; al uno le responde que ame y al otro que vaya al puente de la Oca.

Nadie más que la reina (si quería respetarse el privilegio concedido a Dioneo) quedaba por novelar; la cual, después de que las damas hubieron mucho reído del desdichado Biondello, alegre, comenzó a hablar así:

–Amables señoras, si con mente recta miramos el orden de las cosas, muy fácilmente conoceremos que toda la universal multitud de las mujeres está a los hombres sometida por la naturaleza y por las costumbres y por las leyes, y que según el discernimiento de éstos conviene que se rijan y gobiernen; y por ello, todas las que quieran tranquilidad, consuelo y reposo tener con los hombres a quienes pertenecen, deben ser con ellos humildes, pacientes y obedientes, además de honestas, lo que es especial tesoro de cada una. Y si en cuanto a esto las leyes, que al bien común miran en todas las cosas, no nos enseñasen (y el uso y la costumbre que queremos decir, cuyas fuerzas son grandísimas y dignas de ser reverenciadas) la naturaleza muy abiertamente lo muestra, que nos ha hecho en el cuerpo delicadas y blandas, en el ánimo tímidas y miedosas, en las mentes benignas y piadosas, y nos ha dado flacas las corporales fuerzas, las voces amables y los movimientos de los miembros suaves: cosas todas que testimonian que tenemos necesidad del gobierno ajeno. Y quien tiene necesidad de ser ayudado y gobernado, toda razón quiere que sea obediente y que esté sometido y reverencie a su ayudador y gobernador: ¿y quiénes nos ayudan y gobiernan a nosotras sino los hombres? Pues a los hombres debemos, sumamente honrándoles, someternos; y la que de esto se aparte estimo que sea dignísima no solamente de dura reprensión, sino también de áspero castigo. Y a tal consideración, aunque ya la haya hecho otra vez, me ha traído hace poco Pampínea con lo que contó de la irritable mujer de Talano: a quien Dios mandó el castigo que su marido no había sabido darle; y por ello juzgo yo que son dignas (como ya dije) de duro y áspero castigo todas aquellas que se apartan de ser amables, benévolas y dóciles como lo quieren la naturaleza, la costumbre y las leyes. Por lo que me agrada contaros el consejo que dio Salomón, como útil medicina para curar a aquellas que están afectadas de este mal; el cual, ninguna que no sea merecedora de tal medicina, piense que se dice por ella, aunque los hombres acostumbren decir tal proverbio: "Espuelas pide el buen caballo y el malo, y la mujer buena y mala pide palo". Las cuales palabras, quien quisiera interpretarlas jocosamente, inmediatamente concedería que son ciertas de todas, pero aun queriendo interpretarlas moralmente, digo que habría que admitirlas. Son naturalmente las mujeres todas volubles e influenciables y por ello, para corregir la inquietud de quienes se dejan ir demasiado lejos de los límites impuestos, se necesita el bastón que las castigue, y para sustentar la virtud de las demás, que no se dejen resbalar, es necesario el bastón que las sostenga y las asuste. Pero dejando ahora el predicar, viendo a aquello que tengo en el ánimo decir, digo que: Habiéndose ya extendido por todo el universo mundo la altísima fama de la maravillosa discreción de Salomón, y el liberalísimo uso que de ella hacía para quien quería conocerla por propia experiencia, muchos acudían a él por consejo en sus estrechísimas y arduas necesidades desde diversas partes del mundo; y entre los otros que a ello iba, se puso en camino un joven cuyo nombre era Melisso, muy noble y rico, de la ciudad de Layazo, de donde era él y donde vivía. Y cabalgando hacia Jerusalén, sucedió que, al salir de Antioquia, con otro joven llamado Josefo, el cual aquel mismo camino llevaba que él hacía, cabalgó durante algún tiempo; y como es la costumbre de los viajeros, comenzó a entrar con él en conversación. Habiéndole dicho ya Josefo a Melisso cuál era su condición y de dónde venía, adónde iba y a qué le preguntó; al cual, dijo Josefo que iba a Salomón, para pedirle consejo de lo que debía hacer con su mujer, que era más que